

Imagen del Mes de Agosto



Del tiempo

El hombre es en sí mismo *misterio*. Y hasta *misterio rodeado de misterio*. La filosofía y la física se han formulado largamente la pregunta respecto al estatuto ontológico del tiempo, asumiendo la importancia de esa dimensión, fundamental en la vida humana.

Asumimos coloquialmente que hay un *tiempo cosmológico*, un *tiempo histórico* y un *tiempo subjetivo*; hablamos de *presente*, *pasado* y *futuro*, pero una reflexión sencilla nos sumerge en la complejidad del fenómeno, nos coloca ante una certeza: lo limitado del tiempo propio y ante una responsabilidad: aprovecharlo. El hombre conoce lo inexorable de su destino tanto como desconoce sus detalles, pero parece abocado a darle sentido y significado.

En esa construcción de sentido la dimensión espiritual y religiosa cobra un papel destacado. Para el católico, el *tiempo* va asociado a una proyección escatológica que tiene implicaciones en su acción.

San Ignacio de Loyola, en la Primera Semana de sus Ejercicios Espirituales manifiesta una clara intuición respecto a la importancia del tiempo que se traduce en numerosas referencias temporales; adverbios de tiempo que sitúan al ejercitante y le comprometen con total sinceridad y hondura a la conversión, a realizar una revisión profunda de lo que *ha sido*, lo que es y lo que *ha de ser*; iniciando un proceso que tiene una proyección temporal, que juega a revisar el *pasado* y contemplar *como si presente se hallase* también el *futuro* buscando precisamente llegar a ‘aquella hora decisiva’ *con entero placer y gozo*.

El hombre está sumergido en el misterio del tiempo. Y aún sin desentrañarlo tiene margen para actuar sobre él y, fruto de su capacidad creadora, hasta para transitar ese “presente suyo sin tiempo” –expresión de Cernuda– que quizá se aproxima al tiempo de Dios.

Gerardo Díaz Quirós

Historias de la Iglesia

El párroco-pintor Sieger Köder con tres relojes de épocas diferentes denuncia cuan raudo transcurre nuestro tiempo, cómo caen las horas. Con las cartas el pintor remite a roles muy opuestos en la historia de la Iglesia. Vemos arriba a Juan XXIII, que se opuso a los temerosos profetas de calamidades y sorprendió al mundo con su confianza en Dios. Debajo de él, el gran Inquisidor Cardenal de Sevilla, Fernando Niño de Guevara. Desgraciadamente la Inquisición causó muchas calamidades. La Iglesia necesita guardianes de la fe, pero debían ser misericordiosos como su Señor.

Debajo Francisco de Asís. Él pide con las manos vacías para sus pobres, que ama sobre todo. Sobre él, el Emperador Carlomagno con las insignias del poder, de las que hizo un uso cruel. En otras dos cartas contrapuestas aparte se halla Lutero e Ignacio de Loyola, como símbolos de la Reforma y de la Contrarreforma, dos roles totalmente opuestos. Y sobre ellos una carta en blanco ¿quizás la mía? La pregunta es: ¿Qué papel jugamos nosotros mismos como bautizados en esta historia de fe y de amor? Ante Dios no cuentan los roles pequeños o los importantes, sino solamente cómo fueron desempeñados esos roles.